EL "MARTÍN FIERRO"

ESTUDIO CRÍTICO

POR

EMILIO ALONSO CRIADO

PROFESOR DE LITERATURA
DEL COLEGIO NACIONAL

BUENOS AIRES
COMPAÑÍA SUD-AMERICANA DE BILLETES DE BANCO
Calles Chile 263 y Cangallo 559
1914

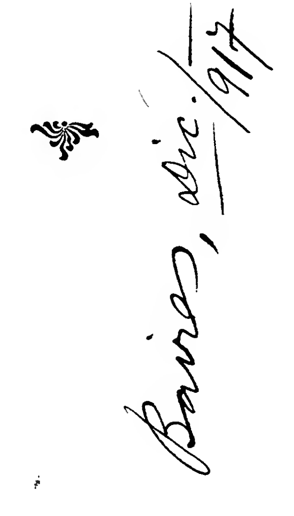
El "Martín Fierro"

ESTUDIO CRÍTICO

POR

EMILIO ALONSO CRIADO

PROFESOR DE LITERATURA
DEL COLEGIO NACIONAL



BUENOS AIRES
COMPAÑÍA SUD-AMERICANA DE BILLETES DE BANCO
Calles Chile 263 y Cangallo 559
1914

DEL MISMO AUTOR

Literatura Argentina.—Tres ediciones agotadas .... Un tomo

Lectura Libre—con pseudónimo. (Ensayo de una Antología). 2.ª edición.. Un tomo

El Renacimiento de las artes en Italia.—Conferencia leida en la Facultad de Derecho. (Agotada)....... Un tomo

EN PREPARACIÓN

Escrito y Hablado.—Recopilación de artículos y discursos.

Al

Doctor Carlos Meyer Pellegrini

Homenaje de respetuosa estimación

E. Alonso Criado.

EL "MARTIN FIERRO"

SU VALOR, SIGNIFICADO Y LUGAR

EN LA LITERATURA ARGENTINA

La crítica tiene la doble misión de juzgar con imparcialidad y de arrancar frutos provechosos a los escritores.

LA HARPE.

Introducción.

Después de lo que han escrito o dicho sobre "El Gaucho Martín Fierro" de José Hernández, en libros, artículos, discursos y conferencias, críticos como Marcelino Menéndez y Pelayo en la "Antología de Poetas Hispano-Americanos" (1895), el P. Blanco García en uno de los volúmenes de su obra sobre "La Literatura española en el siglo XIX" (1896), Miguel de Unamuno en su conferencia sobre "La Literatura gauchesca" (1899) y Ciro Bayo en el "Romancerillo del Plata" (1913), entre los españoles; y entre nosotros, antaño y hogaño, Juan M. Torres, "Apreciaciones sobre Martín Fierro" (1873), Mariano A. Pelliza y Adolfo Saldías en cartas a Hernández, escritas respectivamente en 1873 y 1878; Miguel Navarro Viola, "El gaucho Martín Fierro" (1878), Santiago Estrada, "El gaucho Martín Fierro" (artículo aparecido sin firma en *La América del Sud,* que él dirigía, (1879) e incluído en su libro "Miscelánea Literaria", publicado en 1880); Andrés González del Solar, "Juicio crítico sobre el "Martín Fierro" de Hernández" (1881), Juan Antonio Argerich en su artículo sobre "La Literatura Argentina" (1890), Mario Sáenz, con su característica sobriedad de estilo y justeza de criterio, en "La poesía gauchesca" (1899), Ernesto Quesada en su notable trabajo e imprescindible libro de consulta para estudiar

"El Criollismo en la Literatura Argentina" (1902), Martiniano Leguizamón, el más entusiasta de los escritores criollos contemporáneos, en sus libros "De cepa criolla" (1909) y "Páginas Argentinas" (1911), Enrique García Velloso en su "Historia de la Literatura Argentina" (1910) y, finalmente, en este mismo año, Leopoldo Lugones en sus magníficas conferencias del Teatro Odeón, Ricardo Rojas en la admirable síntesis de la literatura argentina, hecha al inaugurar la cátedra de esta materia en la Facultad de Filosofía y Letras, y en ese mismo recinto, donde aún no se han apagado sus ecos, el discurso preciso y conceptuoso, como todo lo suyo, de Carlos Octavio Bunge, sobre "El Derecho en la Literatura gauchesca", pronunciado al tomar posesión de su sillón académico, y el también discurso, contestando al anterior, del distinguido sociólogo Juan Agustín García; aparte de algunos otros que en todo tiempo se ocuparon de tan interesante tema,—resulta empresa harto audaz la de pretender opinar por cuenta propia sobre asunto tan debatido.

Sin embargo, "Martín Fierro" es el tema literario del día y tiene atractivos demasiado sugerentes para que quien ha leído y releído a Hernández y sus críticos y comentaristas se resista a escribir algo sobre él, aun cuando no sea más que para glosar a los maestros, sin que me preocupe mucho, al hacerlo así, el saber que la erudición es enemiga de la originalidad, reivindicando ésta tan sólo para el criterio general que preside mi trabajo.

Consideraciones generales.

La falta de luchas con elementos extranjeros durante medio siglo y la llegada al país, en este mismo período, de "Cuatro millones y medio" de inmigrantes, produjeron en la masa de su población (escasamente el doble de aquella cifra) una verdadera apatía por todo lo que, dentro de la nacionalidad argentina, era o significaba "Patria".

A cambio de las violencias de una guerra, productora siempre de esos sagrados espasmos de energías nacionales, y siendo necesario contrarrestar la deflojisticación realizada en el espíritu público por las oleadas inmigratorias, los estadistas, dándose cuenta de las graves consecuencias que podría producir la acentuación de este fenómeno, que con justicia llegó a llamarse "El problema nacional" por excelencia, decidieron nacionalizar razonadamente al pueblo.

Sabiamente pensado se eligió "la Escuela" como primer baluarte, y los maravillosos resultados que ello ha dado y está dando, al "nacionalizar" al niño, a nadie habrán pasado inadvertidos.

La celebración del primer Centenario de la Independencia presentó brillante y magnífica oportunidad para la exteriorización de tan patriótico pensamiento, coincidiendo, para la nacionalización de las muchedumbres, la afectuosa iniciativa del Gobierno y la entusiasta secundación de los elementos populares en la conmemoración de las glorias comunes.

Llevados a cabo con tanto éxito los propósitos nacionalistas, reciben, por fin, para su coronamiento, el contingente precioso de la literatura, la que se presenta reclamando el justiciero prestigio que merecen las joyas más preciadas de su tesoro, para nacionalizar también así, al recordar a los viejos y estimular a los jóvenes, el pensamiento y la inspiración de los intelectuales.

Bien necesaria era esta reacción en las letras, pues aunque a través de la labor literaria de los últimos años hay una luminosa estela de autores cuya tendencia eminentemente nacional se ha reflejado siempre en sus obras, sin incluir entre ellos, como es natural, ni a los historiadores ni a los sociólogos, ellos son la excepción (1), y así lo prueba el que a cada paso oímos imprecaciones, exhortaciones u observaciones sobre la falta de nacionalismo en la literatura argentina contemporánea.

González exclama con justa indignación: ¡Qué matices tan nuevos y brillantes adornarían la musa nacional, *si en vez de consagrarse a celebrar las glorias de ajenas civilizaciones o de culturas exóticas,* volviera sus ojos hacia las selvas aún vírgenes y las llanuras desoladas donde reina ese silencio majestuoso de la in-

---

(1) Fuera del Teatro, que ha sido en la época contemporánea el género literario en que se ha señalado una tendencia nacional más definida, recordamos a Joaquín V. González "La Tradición Nacional" (1888), "Mis Montañas" (1893), "Cuentos" (1894); Rafael Obligado, desde "Ayohuma" hasta "La retirada de Moquegua" y desde "Echeverría" hasta "Santos Vega"; Leopoldo Lugones con "Guerra Gaucha" (1905) y "Odas Seculares" (1910); Ricardo Rojas con "El país de la Selva" (1907) y "Blasón de Plata" (1910); Mario Bravo "Poemas del Campo y de la Montaña" (1909); Manuel Gálvez (hijo) con "El Diario de Gabriel Quiroga"; aparte de los que sólo hacen literatura *criolla* como Martiniano Leguizamón "Recuerdos de la Tierra" (1896), "Calandria" (1898), "Montaraz" (1900), "Alma Nativa" (1906), "De cepa criolla" (1909), "Páginas Argentinas" (1911); José S. Alvarez, el simpático Fray Mocho, "Un viaje al país de los matreros" (1897), "Cuentos" recopilados en 1906; Godofredo Daireaux, con las interesantes series de "Tipos y Paisajes criollos" (1900 a 1903), "Los dioses de la Pampa" (1902) y "Cada mate un cuento" (1902); Octavio P. Alais "Libro Criollo" (1903) y "Vida de Campo" (1904).

mensidad, o hacia las montañas agrestes donde en cada valle, en cada lago oculto, donde en cada cumbre descubriría los poemas más divinos del amor, de la tristeza, del heroísmo nativo, de la vida pastoril, y los más tiernos idilios con que Teócrito inmortalizó su patria, y que son la poesía de todos los climas donde respira la juventud del género humano!

El mismo sentimiento inspira a Leguizamón cuando nos dice que "cada pedazo de nuestro suelo está ofrendado al artista animoso que quiera investigar con amor sus intimidades más recónditas, características y peculiares del ambiente, modalidades muy típicas de hábitos, de sentimiento de poesía, de música y hasta de ritmo en sus hablas populares. *Y todo eso se va, barrido por el cosmopolitismo invasor, y es urgente salvarlo antes de que desaparezca para siempre... Nuestros escritores jóvenes no quieren convencerse del provecho positivo que sacarían del cultivo de las canteras inexploradas del ambiente argentino; y por indiferencia o cobardía, no se atreven a hacer obra patriótica salvando del olvido todas esas cosas interesantes que hablan al corazón*".

Con la sinceridad espontánea de un espíritu nuevo, escribe Manuel J. Alier [1]: "nadie más llamado que el escritor, que el poeta, *en la corriente extranjera que todo lo va invadiendo, y que todo va llevándose por delante;* nadie más llamado, digo, a dar hermosa manifestación de vida nuestra y de *arrebatar de esa corriente el pedazo de alma nativa, que está peligrando* y que sin embargo está llena de vida exuberante en nuestras selvas, en el tipo romancesco y legendario de nuestros gauchos y, en fin, en toda nuestra tradición".

Pero nada más categórico y terminante, en este sentido que el juicio, erróneo en cuanto pretende ser absoluto, pero cierto en la mayoría de los casos, de Juan Más y Pi [2], el cual llega a decir, refiriéndose a los escritores argentinos en general, "hay quien piensa en inglés, quien en alemán, en español o italiano, casi todos en francés, — *nadie en americano, menos en argentino*". Larga sería la enumeración de los aludidos por el joven crítico español, la que de hacerla la cerraría brillantemente con un poeta, un dramaturgo y un novelista; Angel Estrada (hijo), distinguido también como crítico, José León Pagano nietzscheniano decidido



(1) Carta a Martiniano Leguizamón (1909).
(2) "Leopoldo Lugones y su obra".

y Enrique Rodríguez Larreta el magistral evocador de "Una vida en tiempos de Felipe Segundo". De igual modo debemos confesar que no solamente hay entre nosotros quienes piensan en francés sino que hay quienes escriben también en francés algunas de sus obras; bastaría recordar las citadas por Rojas (1). "Les races ariennes du Pérou" de Vicente F. López, "Les Origines Argentines" de Roberto Levillier, "Jardins de France" de José María Cantilo, "A Tucumán" de Pablo E. François; pero aún hay quienes sólo escriben en francés como Daniel García Mansilla ("Choses à dire", poesía (1891), "La Justicière", drama en prosa (1892) y Delfina Bunge de Gálvez, distinguida autora de un delicado trabajo en prosa titulado "La jeune fille d'aujourd'hui est elle heureuse?", premiado en París en 1903 y de un exquisito libro de versos "Simplement..." (1911).

Se ve, pues, que la reacción era necesaria y que ella, felizmente ha llegado a tiempo. Al último impulso ha surgido el más popular de los poemas criollos "El gaucho Martín Fierro", cuyo género y espíritu han tenido la virtud de suscitar, hacia él y demás composiciones de su clase, la inteligente "curiosidad" de los que escriben y de los que leen.

El Gaucho. (Características y modalidades).

Tan útil como ilustrativo nos parece, ya que de este género de estudios se trata, recordar, antes de estudiar directamente el "Martín Fierro", al protagonista de la literatura *criolla,* al *gaucho,* cuyos caracteres y modalidades son tan curiosas como interesantes y cuya importancia, tanto del tipo en sí, como del género literario que originó, ha sido reconocida por todos, en ciertos momentos y períodos de la historia y de la literatura nacional.

¿Quién es, pues, el gaucho?

Mientras Ascasubi (2) nos dice lacónicamente: "El gaucho es el habitante de los campos argentinos", Goyena (3), profundizando más nos lo presenta como "el tipo característico de nuestra sociedad"... Completando aquél su definición al agregar que "es sumamente experto en el manejo del caballo y en todos los ejercicios del pastoreo. Por lo regular es pobre, pero libre e independiente a causa de su misma pobreza y de sus pocas necesidades;

(1) Ricardo Rojas, conferencia sobre "La Literatura Argentina".
(2) Nota a "Santos Vega o los mellizos de la Flor". — París (1872).
(3) "El Gaucho".

es hospitalario en su rancho, lleno de sutil inteligencia y astucia, ágil de cuerpo, corto de palabras, enérgico y prudente en sus acciones, muy cauto para comunicarse a los extraños, de un tinte muy poético y supersticioso en sus creencias y lenguaje, y extraordinariamente diestro para viajar solo por los inmensos desiertos del país, procurándose alimentos, caballos y demás con su solo lazo y las boleadoras".

"Estima sobre todas las cosas, agrega Sarmiento, las fuerzas físicas, la destreza en el manejo del caballo, y además el valor. El gaucho anda armado del cuchillo, que, a más de un arma, es un instrumento que le sirve para todas sus ocupaciones: no puede vivir sin él, es como la trompa del elefante, su brazo, su mano, su dedo, su todo. El gaucho a la par de jinete, hace alarde de valiente, y el cuchillo brilla a cada momento, describiendo círculos en el aire, a la menor provocación, sin provocación alguna, sin otro interés que medirse con un desconocido; juega a las puñaladas como jugaría a los dados... Es preciso que esté muy borracho, es preciso que tenga instintos verdaderamente malos, o rencores muy profundos, para que atente contra la vida de su adversario".

Su indumentaria es tan original como su misma manera de ser y de vivir. Tanto las prendas de su vestido como el apero de su caballo, son, al decir de Francisco Bauzá (1), la garantia de su libertad.

El *poncho*, "¡ah, el poncho! exclama Alais (2). No hay gaucho sin poncho, porque esa prenda es su verdadero "comodín". Le sirve para taparse mientras duerme, para abrigarse en el campo si hace frío, para "aguantar los aguaceros", porque un buen poncho es impermeable a la lluvia, para resguardarse del sol... hasta cuando hay una pelea, y salen a relucir los facones... ¡Cuántas vidas ha salvado el poncho! Arrollado en la mano izquierda, sirve para parar las puñaladas y los tajos, mientras la derecha esgrime el cuchillo, y suele salir acribillado cuando su dueño, a quien iba dirigido todo aquello, resulta sin un rasguño"... "El *chiripá* que aventaja al pantalón para el hombre que está todo el día a caballo; la *bota de potro,* fabricada por él mismo con un cuero de ese animal, y cómodamente dispuesta para no estre-

(1) "Estudios Literarios" — Cap. "El Gaucho" (1885).
(2) Octavio P. Alais, "Libro Criollo" — Cap. "El traje del paisano" (1903).

charle; el *pañuelo al cuello,* que sirve de adorno y además de filtro para tomar agua en los arroyos y cañadas, por cuya razón siempre es de seda; el *lazo,* las *boleadoras* y el *facón,* que le sirven para defenderse del hambre y de los enemigos; el *recado* con todas sus *pilchas* que constituyen la silla y la cama del viajero, hacen que el gaucho así vestido y pertrechado lleve consigo, donde quiera que vaya, sus menesteres y su fortuna.

La costumbre de andar a caballo desde que nace hasta que muere lo ha hecho, sin disputa, el primer jinete del mundo, causando admiración las terribles pruebas que hace sobre esas fieras llamadas potros o baguales.

Las tres grandes pasiones del gaucho son: el juego (naipes, taba y carreras), las mujeres y la guerra. Sus vicios son: el mate, el cigarro, la bebida y el baile. El juego acorta los largos días de su holganza campestre, las mujeres suavizan las asperezas de su carácter cerril, y la guerra ejercita su espíritu aventurero. Cuando no juega o bebe, enamora o pelea, fuma, toma mate o baila.

La guitarra y el canto le divierten sobremanera, y es capaz de escuchar sin fastidio todo un día o una noche a un buen guitarrista o a un buen payador.

Su modo de dormir es un misterio, y hasta parece que el sueño no fuese una necesidad para él.

En su trato es reservado y comedido con las gentes que no conoce por temor de decir algún disparate que lo deje en ridículo. Su conversación, por lo común, versa sobre peleas o hechos de guerra, aventuras amorosas o lances de juego.

Es curiosa y característica su manera de alabar o vituperar las personas o las cosas; tiene para ello recursos de lenguaje, giros poéticos, expresiones originales, que hieren los sentidos penetrando de un modo especial en la inteligencia. Sin cuidarse de completar sus frases, las enuncia por medio de comparaciones y de referencias que a pesar de su sencillez vulgar, tienen comúnmente un alcance profundo" [1].

Psicológica y sociológicamente considerado, "El gaucho nace y se desenvuelve en presencia de una naturaleza amplia, inconmensurable; y este espectáculo presente siempre a su espíritu, favorece, sin duda, el desarrollo vigoroso del sentimiento de la

---

(1) Bauzá. — Obra citada.

personalidad. Necesita para vivir dominar el corcel que vuela bajo su impulso, matar el toro de cuya carne se alimenta, soportar perpetuamente el sol, las lluvias, los huracanes impetuosos como un soplo pujante de la eternidad. De ahí su coraje, su arrojo, su firmeza"... [1].

De ahí también sus gestos de independencia, los que llegaban a un extremo tal que "no reconocía por jefe, ni prestaba servicio militar, sino al caudillo que él mismo elegía por su propia inclinación; porque ante todo se tenía por hombre libre, y como tal usaba de su criterio y de su gusto individual con absoluta independencia de todo otro influjo. Eso sí, cuando se había decidido por una bandera, su adhesión no tenía límites y podía contarse con ella para toda la vida; no economizaba sacrificio alguno, y su constancia, sobre todo en las luchas políticas, llegaba hasta el heroísmo. Tomaba partido por sentimiento propio y por pasión, jamás por interés, ni con la mira de obtener el menor provecho directo como premio de sus esfuerzos. Lo único que lo movian eran las afinidades de los hábitos y de las tendencias entre su persona y la de los jefes a quienes servía; es decir, un patriotismo a su modo, pero que en resumidas cuentas era un sentimiento político y moral que tenia causas puras y libres en su misma voluntad.

Cuando el acaso terrible de la *leva* lo había apresado para el servicio de los ejércitos veteranos de la patria, se debatía como animal bravío, por escapar a la presión y a la esclavitud de la disciplina rigurosísima de San Martín o de Belgrano. Desertaba apenas podía y se escondía en las entrañas de la tierra. Pero si le volvían a cazar, se daba más o menos pronto, según su carácter más o menos indómito; y cuando una campaña feliz, una batalla, ganada o perdida, venían a darle la pasión del cuerpo en que servía, se convertía en un soldado ejemplar, como no creo, dice López [2], que tuviese mejor ninguna otra nación civilizada".

Efectivamente, a su independencia indomable el gaucho unió como otra de sus caracteristicas su heroico patriotismo; elocuentemente nos lo dice Goyena: "Un día brotó en la mente de los argentinos el pensamiento de emanciparse de la metrópoli: y ese pensamiento fué luego una resolución invencible, manifestada en los estallidos del entusiasmo que brillaron con las luces de Mayo,

---

(1) Pedro Goyena. — "El Gaucho".
(2) Vicente F. López. — "El Gaucho Argentino".

en las márgenes del Plata. La bandera que simbolizaba las nuevas ideas y los nuevos tiempos, flotó en ese día, agitada por las brisas de la libertad para no abatirse jamás, y su noble majestad fué paseada en toda la América, entre el humo de los combates y el resplandor de las victorias, *por el brazo robusto del animoso campesino.* Su sangre ha humedecido la tierra libertada desde las márgenes del gran río hasta los Andes y el Ecuador: sus huesos están esparcidos acá y allá como testimonio del cruento sacrificio, al través de la vasta extensión del mundo conquistado para la libertad y la civilización".

El mismo justiciero recuerdo hace Leguizamón al reconocer, entusiasmado, que "fueron los hombres de los campos, los gauchos montaraces, el factor primordial de la nueva patria que nacía entre estridores de batalla". (1)

Considerado dentro de este conjunto de cualidades no nos parece impropia la comparación de quien llega a ver en el tipo del gaucho "algo así como un español del Renacimiento y un francés de la Revolución, teniendo del primero el espíritu caballeresco y predispuesto el ánimo para las aventuras y desventuras del amor, y del segundo parece que hubiera heredado el culto sagrado de la libertad y el generoso desprendimiento". (2)

Sin embargo el gaucho no fué recompensado nunca como obligaba a ello su noble actuación, "campeón esforzado de la libertad del continente, víctima silenciosa en todas las tempestades que en pos de ella vinieron, obrero infatigable para abrir caminos a la civilización, sin conquistar nada para sí, sin merecer nada de los otros; aún hoy, escribía Alvaro Barros en 1874, es el centinela avanzado en el desierto que, sin pan ni abrigo, vela sin descanso hasta morir, defendiendo la propiedad de la tierra que él conquistó y con su sangre fertilizó para otro".

La injusticia perduró, y así vemos que, años después, confirmando esta ingratitud colectiva, decía Goyena: "Ahora gozamos nosotros los habitantes de las ciudades, los frutos de aquella sangrienta lucha; pero él vive aún en bárbaro y tenebroso cautiverio. Fué nuestro hermano en el sacrificio; pero no lo es en la libertad y en la grandeza. Vive todavía esclavo en un país que cualquiera llamaría la fuente de la riqueza y la abundancia".

---

(1) Martiniano Leguizamón. — "Montaraz".
(2) Leogardo Miguel Torterolo. — "El Gaucho".

A falta de compensaciones materiales los poetas lo recuerdan y lo cantan:

Canto al gaucho. Es hora ya:
que el indómito heredero
del indio, el bravo guerrero,
el noble gaucho, se va.
Mañana... de él quedará
sólo un fantasma sin vida,
una sombra desvaída
que en la leyenda se oculta,
porque la historia le insulta,
porque la patria le olvida! (1)

El poeta profetizó en verso, pues hoy ya es tarde para hacerle justicia al gaucho: la civilización con sus adelantos y progresos, el extranjero con sus nuevas orientaciones y modalidades y, sobre todo, el desenvolvimiento natural del país evolucionando continuamente hacia su mayor desenvolvimiento y grandeza, lo han hecho desaparecer, dejando solamente el recuerdo de su simpatía, de su heroísmo y de sus desgracias.

El Gaucho. (Su origen, sus épocas y sus tipos).

Completemos la presentación del gaucho, para no dejar su estudio trunco, con el conocimiento de sus antecedentes genealógicos, sociológicos e históricos.

La opinión de los estudiosos está muy dividida en lo que se refiere a la genealogía del gaucho. Autor tan erudito como Quesada (2), sostiene que el gaucho fué un tipo de "pura cepa andaluza".

"Los primeros expedicionarios españoles vinieron de Andalucía: los "adelantados", a cuyo cargo corrió la conquista de esta parte de América, reclutaron sus huestes entre los hijos de *la tierra de María Santísima,* y la simiente arrojada por don Pedro de Mendoza dejó rastros indelebles. Transportados a este medio, los andaluces conservaron sin mezcla sus peculiaridades, su fogosidad, su hiperbolismo, su alegría comunicativa, sus rasgos prominentes: el amor a la mujer y al caballo, la independencia, y ese perfume de gitanismo que imprime a su sentir y decir algo como un dejo característico.

---

(1) Rafael Fragueiro. — Poema "El Gaucho".
(2) Ernesto Quesada. — "El Criollismo en la Literatura Argentina" (1902).

Sin confundirse con los indios, malgrado ir con frecuencia barajados cristianos y gentiles, su sangre se conservó tan ardiente como en el mediodía de España, pues el sol de nuestras pampas no hizo sino caldearla más. La vida aislada en las soledades de las llanuras sin fin les dió su razón y su linaje: tornáronse melancólicos y resignados, modificando su carácter, que ganó en seriedad lo que perdió en brillantez. Y así, el descendiente de andaluz, a la larga, se convirtió en el gaucho argentino".

De la misma opinión es Eduardo Olivera [1], el cual sostiene que "el colono vivió, peleando, en las costas para salvar las nuevas poblaciones del saqueo y de las depredaciones de los piratas franceses, ingleses y holandeses, que entonces infestaban los mares; y en el interior luchando con el indio, que defendía su suelo de la nueva ocupación, sin que por esto hubiera propiedad ni arraigo. Vivió sin hogar y sin familia. Vivió casi nómade y sin vínculos que lo ligaran a la sociedad por cuya estabilidad luchaba, empleando todas sus energías. Este fué el origen de nuestros gauchos".

Entre los que sostienen la teoría del "gaucho mestizo" está el coronel Alvaro Barros, quien en forma original lo explica diciendo que ante la aparición del conquistador español "el indio espantado huyó a refugiarse en el desierto, y la mujer india quedó esclava del conquistador. En su solitaria libertad concibió aquél la idea de una justa represalia, invadió y se llevó cautiva a la mujer del hombre civilizado. La mujer india dió luego a luz al "gaucho" en la ciudad, y el "gaucho" nació también de la mujer cristiana en el desierto".

Más categórica que la anterior es la declaración de Obligado [2]. "Para mí, escribe, los gauchos no fueron en realidad criollos sino mestizos de indígena y español. Esto está patente no sólo en sus caracteres étnicos, sino también en su lenguaje donde abundan los neologismos americanos".

Al contestar esos asertos del cantor de "Santos Vega", Leguizamón da los fundamentos de su teoría del "gaucho criollo puro".

"Sólo en un punto divergimos, le dice a Obligado, en la manera de considerar al gaucho, y como entiendo que el punto no carece

(1) Carta a Octavio P. Alais (1902).

(2) Carta a Martiniano Leguizamón, publicada en *La Nación* el 7 de Febrero de 1909.

de interés para los estudiosos de los orígenes nacionales, procuraré contestar a su observación con todo el respeto que tengo por su opinión y el cariño que estos temas despiertan en mi espíritu.

Desde luego el vocablo *criollo* en su acepción corriente entre nosotros, comprende todo lo que es de la tierra o propio y originario de cada país de Sud América. El gaucho desde su origen, — que no va más allá del primer tercio del siglo XVIII, — aparece sobre el escenario agreste de nuestras pampas y montes como un producto original de su suelo, con caracteres y modalidades tan típicas que lo hacen inconfundible, y las que no debían cambiar con el andar de los tiempos, pues el apego a la tradición fué siempre uno de sus rasgos más característicos.

Gauderio o changador de ganados en la época colonial; nómada, montaraz y matrero por amor a la libertad y a la libre correría cuando la autoridad quería entregarlo al servicio del rey, se transforma en lancero indómito en los primeros alzamientos insurreccionales con sus altivos caudillos Artigas y Ramírez, granadero del ejército libertador, guerrillero admirable con Güemes; montonero durante la anarquía; soldado de la tiranía y en los ejércitos que la combatieron formando en las orgullosas divisiones de aquel largo y cruento batallar por la organización del país; en la guerra del Paraguay, en la conquista del desierto y en todas nuestras luchas civiles eran casi exclusivamente gauchos los soldados de las patrias caballerías.

Gauchos o criollos, — como productos originarios de esta tierra, — fueron también los que poblaron nuestros campos antes desiertos; gauchos con su lenguaje rústico cuajado de imágenes y retruécanos pintorescos que tanto lo caracterizan; con su poesía, su música, sus bailes, sus creencias y sus sentimientos, entre los que no puede dejarse de señalar sin injusticia un acendrado amor por la libertad del suelo nativo".

Estas son, pues, las tres hipótesis que se han imaginado para explicar el origen del gaucho. A nuestro juicio, la del "gaucho mestizo" es la más fundada, fisiológica, sociológica e históricamente, — considerando muy autorizada y prestigiosa, por tratarse de un estudioso y erudito investigador de los orígenes argentinos y de los secretos de su historia, la opinión de Mitre, — el cual al hablar de la conquista del Río de la Plata, explica así la formación de la nueva raza:

"Los primitivos pobladores del Río de la Plata, sin ser menos

ávidos ni menos toscos, por lo general, que los hombres de su época y la masa del país a que pertenecían, fueron más bien que aventureros, verdaderos inmigrantes reclutados en las clases y en los lugares más adelantados de la España, que en razón de su clase y procedencia, y dadas las condiciones especiales en que se encontraron, debían influir en su organización coetánea y en los destinos futuros de la colonia. Procedentes en su mayor parte de las provincias de Vizcaya y Andalucía, traían en su temperamento étnico las calidades de dos razas superiores, altiva y varonil la una, imaginativa y elástica la otra...

"Los indígenas sometidos se amoldaban a la vida civil de los conquistadores, formaban la masa de sus poblaciones, se asimilaban a ellos, sus mujeres constituían sus nacientes hogares, y los hijos de este consorcio formaban una nueva y hermosa raza, en que prevalecía el tipo de la raza europea con todos sus instintos y con toda su energía, bien que llevara en su seno los malos gérmenes de su doble origen." (1)

En cuanto a su origen sociológico, es decir, como elemento característico de un tipo social, la más acertada explicación que conozco es la siguiente:

"A los primeros gauderios se les llamaba gauchos como se les hubiera podido llamar bandidos u holgazanes. Pero de allí a poco, hízose extensiva la designación a todos aquellos que sin quehaceres fijos, gustaban de vagar errantes por los campos, ó se hacían notables por sus lances amorosos, sus rencillas y sus cantares. Lo rudimentario del trabajo y la facilidad de efectuarlo con pocos brazos, hacía que en todas las familias, numerosas de suyo, hubiese siempre un sobrante de varones que no eran absolutamente necesarios a las faenas domésticas. Los más enérgicos de ellos, aguzados por su natural inquieto, abandonaban pronto el hogar paterno para procurarse atractivos de otro género en medio de una naturaleza salvaje, luchando con las fieras y los animales cerriles, y aventurándose en los lances apurados de cualquier género.

Estos fueron de aquí para adelante los verdaderos gauchos, mezcla informe de grandes pasiones y de pensamientos mezquinos, arrojados y pueriles, trovadores melancólicos que al son de la guitarra cantaban endechas de amor, y enseguida reñían a cuchilla-

(1) "Historia de Belgrano".—Bartolomé Mitre.

zos por la menor palabra; valientes hasta la temeridad y supersticiosos hasta la ridiculez. Había ya en este fruto prematuro de una raza nueva, todos los rasgos salientes de su futuro carácter; parece como que el gaucho hubiera presentido por su temeridad sin objeto y sus melancolías sin causa, que era el primer eslabón de una agrupación humana destinada a conquistar su independencia y su libertad por el valor militar y la resignación cívica. Tal fué el origen del gaucho". (1)

Vemos, pues, que la antigüedad del gaucho se hace remontar a varios siglos, y que, sobre todo, a partir de 1800, es de verdadera importancia el cuadro que abarca su vida, puesto que ella está vinculada a una gran parte de la historia nacional.

La actuación del gaucho se divide en varias épocas, basada en los hechos fundamentales de aquélla.

La primera época es *la Colonial,* en la cual el soberano sujeta al reparto de la tierra que ocupaba, al sistema feudal, por medio de "las encomiendas y de las grandes mercedes", que acordaba a personajes que dejaban el cultivo del suelo o el cuidado de sus ganados, en manos del proletario.

Este vivía luchando con el arma al brazo para defender la propiedad de sus señores, trabajando, al mismo tiempo, para atender al pago de los fuertes impuestos del soberano y las gabelas y extorsiones de sus patrones; de manera que apenas tuvo sino lo muy necesario para vestirse y mantenerse, sin poder pensar jamás en radicarse al suelo para fundar una familia, puesto que, además, el gobierno prohibía nuevos repartos de la tierra.

La raza indígena era indómita e intratable, por lo cual pocos puntos de contacto tuvo con ella, con la que vivía en continua guerra; lo que hizo que el gaucho conservara en gran parte la pureza de la raza española.

La segunda época comprende la lucha por *la Independencia,* y en ella, requerido constantemente por el servicio militar, no se dió una sola batalla, desde Suipacha hasta Maipú, donde el gaucho no hiciera gala de ese heroísmo temerario que es una de sus características más descollantes.

Pero no fué solamente en su carácter de guerrero que el gaucho se distinguió en esta época. No bien terminada la guerra con España y en medio de la desorganización política que la siguió,

---

(1) F. Bauzá. — Obra citada.

cuando las cabezas dirigentes de los primeros momentos andaban desorientadas con respecto al régimen de gobierno que debiera dirigir al nuevo estado, él salva de nuevo la enojosa situación.

"Los gauchos que gruñían en el desierto y a las márgenes del Paraná, en la ancha pampa y al pie de la cordillera rompieron con mano osada la barrera de los extravíos incautos y de apegos sacrílegos a lo viejo, a lo muerto y a lo inicuo, que estaba corrompiendo la revolución argentina.

Los gauchos rompieron la muralla. Por esa brecha penetró Dorrego, por esa brecha penetró Rivadavia. La democracia había vencido." (1)

La Tiranía constituye la tercera época, y es en este período que las opiniones son más encontradas, con respecto a la actuación que en ella cupo al gaucho; pues mientras unos, con Olivera, (2) sostienen que en ese período de la historia nacional el gaucho fué llevado a las fronteras sin consideración alguna, se le sujetaba a la servidumbre más completa, haciéndosele ejecutar los trabajos particulares de sus déspotas o era conducido a los campos de batalla, para luchar y extinguir a los que peleaban por el restablecimiento de sus libertades; otros, entre ellos Saldías (3) presentan a Rosas como el reivindicador del gaucho asumiendo su protectora representación en Buenos Aires, a la manera que en las otras provincias lo habían sido Ramírez, López, Bustos, Aldao, Facundo y otros. "Radicado en la campaña, sacrificando comodidades y dinero, haciéndose gaucho, hablando como tal, haciendo lo que los gauchos hacían, protegiéndolos, haciéndose su apoderado, cuidando de sus intereses, Rosas fué como una Providencia que surgió de las entrañas de la pampa en favor de los gauchos, que miraban con indecible asombro a ese hombre para ellos extraordinario, y que era su propio engendro y que los había hecho brillar sobre todos, conduciéndolos a ahogar la anarquía en la misma Buenos Aires, que nunca había tenido un eco de consuelo para ellos".

Siguiendo estas ideas, Saldías llega a decir que "la Federación que une a todos los argentinos bajo el glorioso pabellón de Mayo, ha sido la venganza que tomaron nuestros gauchos".

La cuarta época abarca desde la caída de Rosas hasta la "Campa-

---

(1) José Manuel Estrada. "Lecciones de Historia de la República Argentina". Tomo II.
(2) Eduardo Olivera. Carta citada
(3) Adolfo Saldías. Carta a Hernández.

ña del Desierto", y se caracteriza por la defensa de las fronteras contra los indios. En ella el gaucho queda entregado a los comandantes de campaña, los que, con el pretexto del peligro del indio, lo arrancan de su rancho y de su familia y lo someten por el servicio militar a toda clase de vejámenes y sufrimientos, lo que trajo como natural consecuencia el aumento de la población nómade, de los matreros y "gauchos malos".

Como si hubiera terminado su misión con el alejamiento del indio, la quinta época es la de la decadencia y desaparición del gaucho. La estabilidad de las instituciones políticas trajo como consecuencia la seguridad individual en la campaña, y el afianzamiento de las energías nacionales tuvo como inmediato resultado la atracción de un colosal contingente de inmigración y de capitales europeos. Aquella trajo sus modalidades y costumbres y estos el mejoramiento y organización de la labor agrícola y ganadera. Así pues, la civilización al ir extendiendo sus beneficios por los campos iba transformando su fisonomía y modificando las características de su primitivo habitante, el gaucho; al que empezó por alejar con los ferrocarriles, aprisionándolo después con los alambrados, para matarlo, por fin, el cambio definitivo de la idiosincrasia argentina, como natural consecuencia de las evoluciones ascendentes de la cultura nacional.

El gaucho ha tenido en las diversas etapas de su actuación, tipos peculiares con características propias, que, primero el vulgo y después los estudiosos, han definido y observado atentamente.

De estos tipos, algunos pertenecen a determinada época de su evolución, como el caudillo, el montonero, el gaucho perseguido, sin contar algunos de índole especial, — el "rastreador" y el "baquiano", por ejemplo, que han constituído los elementos prácticos y útiles del ambiente gaucho; — otros son generales, como el "gaucho malo", el "matrero", el "payador"...

Pero ninguno de ellos ha tenido la importancia del caudillo, porque el caudillo ha sido el tipo histórico del gaucho, por eso lo han estudiado con marcada preferencia los historiadores, escritores y sociólogos. Algunos se han limitado a determinado caudillo, (1) otros han abarcado el conjunto de su actuación, es decir el caudillaje. (2)

---

(1) Domingo F. Sarmiento, "Facundo". — Filiberto de Oliveira Cezar, "Güemes y sus gauchos". — David Peña, "Facundo", etc.

(2) Lucas Ayarragaray, "La anarquía argentina y el caudillismo".

Los caudillos son, en efecto, doblemente interesantes por su psicología peculiar y la trascendental importancia que tuvieron, como factores decisivos de una tendencia, en determinados períodos de la historia nacional, en los cuales representaban una clase popular y una orientación democrática y americana, en contra de otra clase aristocrática y una tendencia conservadora "casi europea".

Mitre y Estrada coinciden en la observación de estos sentimientos, pero mientras este generaliza, como ya hemos visto, hablando del gaucho, aquél sintetiza refiriéndose al caudillo, del que explica así su origen:

La prolongación de los dolores de la revolución argentina fué "el resultado natural de un movimiento en que la mayoría llamada a influir, a obrar, a combatir y por consecuencia a pensar como podía para ejercer esas funciones, no se hallaba al nivel de la minoría inteligente que concibió la revolución en silencio y la inició y la llevó a cabo, contando con el auxilio de las fuerzas sociales, cuya energía y dirección no era posible haber calculado de antemano."

"De este desnivel es consecuencia lógica la reacción de las más revolucionadas, pretendiendo abatir hasta su nivel á la parte culta y rica de la sociedad, por medio de la violencia, apoderándose del gobierno, y la acción constante de las minorías más civilizadas que tenían en sus manos el gobierno, trabajando por elevar el nivel democrático hasta su altura y luchando por ello."

"Pero una vez llamado el pueblo a tomar parte en el gobierno, era natural que esta nueva entidad la tomase de hecho, primero en la guerra, luego en la política, elevando sobre el escudo popular a sus representantes natos, caracteres viriles que acaudillasen sus instintos enérgicos o brutales, que rayaban a veces en el fanatismo. Tales caudillos fueron la encarnación del poder de esa democracia indisciplinada que a imagen y semejanza suya, absorbieron la fuerza de todos, y sobre todos pesó despóticamente, sin más diferencia que aplicarla más o menos directamente a la guerra civil o a la guerra exterior; pero siempre desmoronando la sociedad vieja, a la par que agotando las fuentes de la vida común y dificultando la reorganización que se buscaba; porque el caudillaje, poderoso elemento de combate, dado el atraso social de la mayoría del pueblo, llevaba en sí los gérmenes de la decadencia social."

"Tal es el origen y tal ha sido la influencia del caudillaje en la República Argentina." (1)

En cuanto al tipo del caudillo en sí, su primera condición era el valor personal llevado a la temeridad: de él era consecuencia inmediata el respeto que inspiraba, muy pronto convertido en terror a medida que aumentaba su importancia.

Un hecho bárbaro y salvaje podía a veces iniciar la reputación de un futuro caudillo. Es el caso de Facundo, el mejor estudiado de todos. (2) Otras veces el origen de su prestigio era más noble. El gaucho se erigía también en caudillo cuando "sus contornos morales llegaban a revestir las líneas severas del deber en el servicio, hasta que este deber, mirado con otro criterio más independiente, le hacía variar de conducta; unas veces aconsejado por el egoísmo personal y otras guiado por un interés patriótico, noble y generoso". (3) Tal sería Güemes, si no el más caudillo de los gauchos, sí el más gaucho de los caudillos; al punto de hacer decir a Sarmiento que "quitarle a Güemes el título de gaucho que él hizo glorioso y fué su nombre de guerra, es despojarle de la agreste corona que sus heroicos compañeros, aquellos hijos de la naturaleza a quienes él llamaba "mis gauchos", colocaron sobre sus sienes en los bosques y valles de Salta".

Dentro de su aduar "el caudillo" era todo; dominador, expoliador, jefe y tirano, produciendo la fascinación entre sus subordinados por la audacia de sus hechos y la astucia de sus medios.

Estrada nos da un ejemplo magistral.

"En una choza extraviada entre las quebradas de la Rioja, mirad agrupados unos pocos hombres alrededor de un fogón. Secas las fauces y pálidos los rostros parece que su sangre, refugiada en el corazón, va a reventar del vaso estrecho y agitado. Pasan los vidriosos ojos, con amor resignado al sacrificio, del montón de monedas que ponen febrilmente a un naipe, a la torva mirada del impasible tallador, que juega frío y sereno... Facundo siempre gana.

Levántase ganancioso y sus compañeros de banca, empobreci-

---

(1) Bartolomé Mitre, "La democracia y el caudillaje".

(2) En 1818 estando preso en San Luis, al ser puesto en libertad con el barrote de los grillos que le acababan de quitar empieza por matar de un golpe en la cabeza, al mismo que se los había sacado, continuando la masacre hasta dejar 14 cadáveres. Sarmiento dice: "Después del suceso de San Luis, Facundo se presentó en los Llanos *revestido del prestigio de la reciente hazaña.*"

(3) Mariano A. Pelliza.

dos, levántanse también, en silencio, respetuosamente sometidos a su sino. Facundo siempre manda.

A la sombra del negro y formidable pendón surcado por el rojo de una cruz, va horrible la montonera, idólatra de su caudillo: arrasa las aldeas y despedaza escuadrones. Facundo siempre vence.

Ay! de aquel que relajara la áspera disciplina de sus hordas!... Un soldado robó... el caudillo distribuye entre los suyos ramas de árbol de igual medida, diciendo: "La vara del ladrón habrá crecido mañana!"... El aduar se desvela contemplando aquel testimonio mudo y sobrenatural, y aterrados los gauchos las miden entre sí, las comparan... y el culpable, para escapar del terrible castigo, corta la suya. Al día siguiente una aparece cortada. "Este es el ladrón", dice friamente el caudillo. Facundo adivina.

Un momento más y el quejido de la víctima suena entrecortado en la mustia soledad. Facundo mata!!..."

Tipos de otra índole, menos por su origen que por sus modalidades y actuación y también por haber sido más localizada su influencia, son López y Ramírez, Bustos, Ibarra y El Chacho.

Rosas es el super caudillo, llegando a la plenitud del poder, aunque Estrada diga de él que "había disfrazado su alma de verdugo tras las apariencias de gaucho majadero y prestigioso."

El "montonero" constituía la soldadesca del caudillo, y el "matrero" era una consecuencia del "gaucho perseguido".

El "rastreador" era un vidente, constituyendo la más extraordinaria característica del gaucho. Era un personaje grave y circunspecto, al decir de Sarmiento, cuyas aseveraciones hacían fe en los tribunales inferiores.

Le hacía digno *pendant* el "baquiano". Este era el topógrafo más completo y el único mapa que necesitaba un general para dirigir los movimientos de una campaña.

El "gaucho malo" es un tipo provocador y camorrista que siempre tiene cuentas pendientes con la policía. Sarmiento lo define perfectamente.

"La justicia lo persigue desde muchos años; su nombre es temido, pronunciado en voz baja, pero sin odio y casi con respeto. Es un personaje misterioso; mora en la pampa; son su albergue los cardales...

Si el acaso lo echa alguna vez de improviso entre las garras de la justicia, acomete a lo más espeso de la partida, y a merced

de cuatro tajadas que con su cuchillo ha abierto en la cara o en el cuerpo de los soldados, se hace paso entre ellos; y tendiéndose sobre el lomo del caballo, para substraerse a la acción de las balas que lo persiguen, endilga hacia el desierto hasta que poniendo el espacio conveniente entre él y sus perseguidores, refrena su trotón y marcha tranquilamente. Los poetas de los alrededores agregan esta nueva hazaña a la biografía del héroe del desierto, y su nombradía vuela por toda la vasta campaña." (1)

Está, por fin, el "payador", el aspecto más simpático del tipo gaucho. Cantor era cualquier gaucho que iba "de pago en pago" "de tapera en galpón", cantando los héroes de la pampa perseguidos por la justicia, los llantos de la viuda a quien los indios robaron sus hijos en un malón reciente o las hazañas y desgracias de algún personaje de su simpatía.

Otras veces canta sus propias penas o sus amores y alegrías, porque todo sirve de tema a su inspiración inculta pero espontánea:

Yo no soy cantor letrao,
mas si me pongo a cantar
no tengo cuando acabar
y me envejezco cantando:
las coplas me van brotando
como agua de manantial.

Cantando me he de morir,
cantando me han de enterrar,
y cantando he de llegar
al pie del Eterno Padre.
Dende el ventre de mi madre
Vine a este mundo a cantar.

"EL GAUCHO MARTIN FIERRO"

Llego, pues, a la parte culminante de mi trabajo, el estudio y análisis del "Martín Fierro", sin pretensiones de encontrar en él nada nuevo, porque todo lo han dicho ya, como he indicado al principio, los que, con más autoridad que yo, han estudiado y analizado la obra de Hernández, haciéndolo tan sólo como un capítulo obligado de mi monografía, imprescindible para llegar a las conclusiones finales sobre aquel poema.

(1) "Facundo".

Su autor, José Hernández (1834-1886), fué, — como casi todos los escritores que registra la "literatura argentina", — un aficionado y no un profesional de las letras, siendo alternativamente en su accidentada vida, militar, estanciero, banquero, político, legislador, periodista, poeta, orador y... taquígrafo; todo esto durante una de las épocas más difíciles y agitadas por que haya atravesado la República Argentina. Buenos Aires, Rosario, Paraná, Corrientes y Montevideo fueron sucesivamente teatro de las múltiples actividades de Hernández.

De una inteligencia natural viva, unida a una rápida comprensión y a un espíritu observador, dejó huellas de su actuación en todas partes, lo mismo en el periodismo como redactor de "La Reforma Pacífica", "La Patria" y director fundador de "El Río de la Plata", que como legislador, en cuyo carácter sostuvo patrióticos debates con hombres como Bernardo de Irigoyen, Miguel Navarro Viola, Leandro N. Alem, etc.; pero es su labor de escritor poeta la que ha hecho imperecedero su nombre, que se ha identificado de tal manera con el del protagonista de su obra que al decir tan sólo "Martín Fierro" no se sabe generalmente si se ha aludido a Hernández, a su poema o a su héroe.

Antes del "Martín Fierro" había publicado algunas poesías sobre diversos temas, en las cuales ya se revelaba su gran conocimiento y amor a las cosas del campo, y su estilo fácil y ameno.

Surgió su idea de escribir algo más fundamental en 1870, en que visitado en Buenos Aires por el distinguido poeta uruguayo Antonio Lussich, con quien lo ligaba estrecha amistad, (1) éste le expuso el plan de su obra, ya escrita en parte, "Los tres gauchos orientales", aconsejándose de sus indicaciones de experto "hombre de campo".

Fué entonces que Hernández escribió una serie de cuartetas que se iniciaban con esta:

---

(1) Lussich, más joven que Hernández, rindió tributo contínuo de su simpatía y admiración al viejo amigo, dedicándole sus mejores obras: "Los tres gauchos orientales" (1872) y "El matrero Luciano Santos" (1873), en la cual, dice su altivo protagonista:

> Sólo respeto a un amigo
> Que le soy lial como un perro,
> Es el gaucho "Martín Fierro"
> Y con orgullo lo digo:
> Yo cabrestiando lo sigo
> Y siempre lo he de seguir.

"De carta de más me vía
Sin saber a donde dirme,
Mas dijeron que era vago
Y entraron a perseguirme.

Olvidadas por su autor durante dos o tres años, ellas contenian, sin embargo, el embrión de "Martín Fierro".

Un buen día revolviendo papeles, las encuentra; aviva recuerdos, combina el plan e inicia seriamente su poema, en el cual aquellas primeras cuartetas, las únicas que hay en el "Martín Fierro", ocuparon el canto VII y el principio del VIII, escribiendo todo lo demás en sextetos.

Fué también entonces que recién dió nombre a su protagonista, nombre que más que inventado fué adaptado. Efectivamente, don Martín Colman, estanciero de la provincia de Buenos Aires e íntimo amigo de Hernández, llamaba a éste "Pepe Lata", retribuyendo éste el apodo llamando a Colman "Martín Fierro".

Tales fueron, pues, el origen y gestación del protagonista y del poema.

Esta sola obra, continuada más tarde en una segunda parte que tituló "La vuelta de Martín Fierro" colocó a Hernández entre los primeros y más genuinos escritores americanos no teniendo su poema rival como originalidad y colorido.

En pocos años se hizo popular, todos lo leyeron, en la ciudad y en el campo. Es conocido, por lo inusitado, el dato de haberse vendido en diez años más de cincuenta mil ejemplares.

Sin embargo, todos los éxitos terminan, y "Martín Fierro" después de haber llegado al máximo de la popularidad fué olvidado, siendo, hoy día, conocido por pocos, especialmente en las ciudades.

Así es como García Velloso ha podido decir en 1910: "es muy corriente que todo el mundo hable de la "Biblia" sin conocer apenas unos cuantos versículos; diariamente oímos opinar y discutir sobre la "Divina Comedia" o el "Don Quijote", obras que solamente de oídas conoce la mayoría; con el "Martín Fierro" acontece lo que con muchas de las grandes obras de las literaturas de los tiempos pasados; todos las mentan y traen a colación versos sueltos que se han convertido en refranes, apotegmas o pensamientos de uso corrientes, pero muy pocos son los que las han leído íntegramente". (1)

---

(1) "Literatura Argentina". Enrique García Velloso.

Esto es tan general que, aun entre los que contestaron a una reciente encuesta sobre este asunto hubo quien opinara sobre el "Martín Fierro" empezando por decir con encomiable sinceridad: "No he tenido tiempo aún de leer a Hernández. Y probablemente no lo haré nunca, para conservar cierto *cachet* en mi cultura literaria".

Ni más ni menos que el cardenal Bembo cuando declaraba que no leía las epístolas de San Pablo "para no corromper su bello estilo".

Nosotros no nos encontramos en ese caso, y es por esto que vamos a entrar en materia, sirviéndonos de introducción este sintético párrafo de Quesada:

"La poesía gauchesca realizó una evolución lógica: primeramente con Hidalgo, glorificó al gaucho patriota, valiente y cristiano, de la época de la independencia; luego con Ascasubi, al gaucho condenado a guerrear perpetuamente, durante el período de nuestras luchas civiles; después con del Campo, se convierte en un pretexto para aludir a su vida pintoresca, haciéndola servir a críticas de que no era capaz, y empleando su lenguaje como simple capricho literario. La vida del gaucho con posterioridad a Caseros, es decir, desde que se normaliza la existencia de la república, encontró finalmente su cantor en José Hernández."

El "Martín Fierro" por José Hernández, es el poema de un personaje genuinamente popular y característico, el gaucho, presentado bajo su aspecto de "gaucho perseguido"; tipo que corresponde a uno de los períodos históricos de su evolución.

> ...atiendan la relación
> Que hace un *gaucho perseguido,*
>
> (*Martín Fierro.* — Canto I).

que tuvo en su pago, en un tiempo, hijos, hacienda y mujer, pero empezó a padecer al mandarlo a la frontera para combatir a los indios. Al llegar allá lo desarman, y en lugar del servicio militar, primero siembra trigo, después hace un corral, corta adobe para un tapial, hace un quincho y corta paja...

A pesar de esto pasan tres años

> "Sin que le larguen ni un rial!"

Desesperado de su situación, matizada de vez en cuando con persecuciones y estaqueadas, consigue *hacerse humo en un sotreta.*

"Una noche que riunidos
Estaban en la carpeta
Empinando una limeta
El Jefe y el Juez de Paz."

Rumbea para su rancho, pero

"¡Sólo estaba la tapera!"

Pregunta por su mujer y le

"...dicen que se voló
" con no sé que gavilán."
....
" que más iba a hacer la pobre
" pa no morirse de hambre."
" ...El campo se lo pidieron,
" La hacienda se la vendieron
" En pago de arrendamientos.
....
" Los pobrecitos muchachos
" Entre tantas afliciones,
" Se conchavaron de piones.
....
" Como hijitos de la cuna
" andarán por ahí sin madre.—
" Ya se quedaron sin padre
" y ansí la suerte los deja,
" sin naides que los proteja
" y sin perro que los ladre.—

Los pobrecitos tal vez
No tengan ande abrigarse,
Ni ramada ande ganarse,
Ni rincón ande meterse,
Ni camisa que ponerse,
Ni poncho con que taparse.

Tal vez los verán sufrir,
Sin tenerles compasión.
Puede que en alguna ocasión,
Aunque los vean tiritando,
Los hechen de algún fogón
Pa que no estén estorbando.

Y al verse ansina espantaos
Como se espanta a los perros
Irán los hijos de Fierro
Con la cola entre las piernas,
A buscar almas más tiernas
O esconderse en algún cerro.

Es interesante advertir que su dolor intenso ante la pérdida de sus hijos, es muy relativo cuando se refiere a su mujer. Esta es una de las tantas admirables fidelidades que presenta el protagonista de Hernández. Para el gaucho la mujer, *individualizada,* era tan sólo un accidente. Lugones lo explica bien.

"La vida del hogar, dice, fué rudimentaria para el gaucho; y de consiguiente pasajero y subalterno en su alma el amor de la mujer... Sobre ella caía el desprecio del nómade hacia los seres sedentarios." (1)

En su triste situación Martín Fierro jura

" Ser más malo que una fiera."

y concluye por hacerse *gaucho matrero,* pensando que

...no debe aflojar uno
Mientras hay sangre en las venas.

Es lástima que Hernández, después de una presentación tan simpática de su protagonista, no lo ennoblezca en su sufrimiento.

Sus instintos naturales se revelan en él en una forma bárbara. Su

... gloria es vivir tan libre
Como el pájaro en el cielo.

pero su amor a la libertad nace del egoísmo individual sin trascendencia para nada ni para nadie.

En seguida se da a la bebida y se hace pendenciero, provocando siempre y matando a veces por puro gusto. Su afán es pelear, sin importarle por qué ni con quien.

Yo paso por "gaucho malo", dice (canto XIII) y con esta calificación de orgullo para él, se entrega al crimen y a la vagancia creyendo realizar por tales medios la venganza de sus injustos sufrimientos.

Hernández convierte así a su protagonista en un héroe del coraje al que le es igual pelear con

...un gaucho que hace alarde
De guapo y de peliador

que esperar a la "partida", aun sabiendo "que son muchos los jinetes", y, que teniendo tiempo para huir,

---

(1) Leopoldo Lugones... "El hijo de la Pampa". (1.ª lectura en el Teatro Odeón, 8 Mayo 1913).

...no quiere disparar
Que eso es de gaucho morao:

y dejándose atropellar se defiende de tal modo que mata a seis y dispersa a los demás, pidiendo, como final de su hazaña,

... a su Dios clemente,
Le perdonara el delito
De haber muerto tanta gente.

Es muy posible que la gran popularidad del "Martín Fierro" no se ha debido precisamente a los nobles propósitos del autor, y que aun sus grandes méritos de espontaneidad, ingenio y veracidad criollas hayan sido inferiores para llegar a aquélla, a los ímpetus de bravo y proezas de valiente temerario realizadas por él al rendir culto a la característica criolla del coraje.

Ni Juan Gualberto Godoy, ni Bartolomé Hidalgo, ni Hilario Ascasubi y menos Estanislao del Campo presentaron nunca un tipo de esta naturaleza; aunque verdad es también que ninguno de ellos, todos hombres de ciudad, creó un tipo más fiel de gaucho que el Martín Fierro de Hernández.

La influencia del predominio del valor en el gaucho fué nociva para la literatura criolla, pues explotada por autores sin nociones artísticas, ni propósitos definidos llegó a hacer de ella el único fin de una literatura malsana, dando a tipos vulgares los contornos de una heroicidad perversa.

Tal incremento tomó esta tendencia, — cuya especialidad llegó a sintetizarse en los libros de Eduardo Gutiérrez, — que según Quesada, nada pudo contra ella el mismísimo José Hernández, quien, reparando que su "Martín Fierro" era utilizado para fomentar esa vena camorrista, quiso desviar la corriente con su "Vuelta de Martín Fierro". (1)

Aparte de esto, y conste que no digo "a pesar de esto", hay en el poema de Hernández cualidades insuperables sobresaliendo su maravilloso colorido.

Menéndez y Pelayo exclama entusiasmado: "el soplo de la pampa argentina corre por sus desgreñados, bravíos y pujantes versos, en que estallan todas las energías de la pasión indómita y primitiva, en lucha con el mecanismo social que inútilmente comprime los ímpetus del protagonista".

---

(1) Ernesto Quesada, "El criollismo".

Otro, y no el menor, de sus grandes méritos es la habilidad con que está manejado el lenguaje gauchesco, en cuyo dominio merece Hernández, casi con primacía absoluta, el elogio que de él hace Monner Sanz cuando dice que "ese hermoso lenguaje gauchesco, tiene todas las delicadezas de corazones tiernos, todos los colores chispeantes de vuestro sol y de vuestras flores, todas las onomatopeyas de esta naturaleza virgen y todas las brillanteces de vuestra rica fantasía y exuberante imaginación." (1)

Pero uno de los mayores atractivos del "Martín Fierro" es la vivacidad de sus diálogos y la agudeza de sus consejas, la filosofía práctica de sus sentencias y dichos, perpetuándose en la memoria popular, que los repite a diario, ignorando de dónde salieron y quién los dijo, constituyendo, bajo este aspecto la obra de Hernández, el refranero criollo por excelencia.

Aunque el interés que despierta el "Martín Fierro" es continuo, aumenta cuando la narración se concreta en algún episodio, siempre pintoresco a través de la pluma de Hernández, mereciendo citarse el de un malón descripto en el canto III, el cual bien pudo ser el origen de otra obra nacional, aunque de índole pictórica, nos referimos al magnífico cuadro del malogrado Angel della Valle, titulado "La vuelta del malón", a cuyo pie bien podían inscribirse como síntesis de él estos versos:

Tiemblan las carnes al verlo
Volando al viento la cerda,
La rienda en la mano izquierda
Y la lanza en la derecha.
....
Hacían el robo a su gusto
Y después se iban de arriba
Llevándose las cautivas.

En su último lance con la partida Martín Fierro conoce a Cruz, otro gaucho bravo que había tenido ciertos enredos con un comandante que mandaba una milicia.

Cruz pelea a favor de Fierro, diciendo que

...... no consiente
Que se cometa el delito
De matar así a un valiente.

---

(1) Ricardo Monner Sanz, "El lenguaje gauchesco".

Terminada la refriega, de la que salen vencedores, se cuentan mutuamente sus penas.

Dice Fierro:

Ya veo que somos los dos,
Astillas del mesmo palo.
Yo paso por gaucho malo
Y usted anda del mesmo modo
Y yo para acabarlo todo
A los indios me resfalo.

Yo sé que allá los caciques
Amparan a los cristianos,
Y que los llaman "Hermanos"
Cuando se van por su gusto.
A qué andar pasando sustos...
Alcemos el poncho y vamos.

Y así lo hacen, emprendiendo la marcha a través del desierto.

Y pronto sin ser sentidos
Por la frontera pasaron.

Y cuando la habían pasao,
Una madrugada clara
Le dijo Cruz que mirara
Las últimas poblaciones;
Y a Fierro dos lagrimones
Le rodaron por la cara.

Estos últimos versos encierran todo un poema de dolor.

Esas lágrimas de Martín Fierro son la más sentimental despedida de una víctima a quien las injusticias de una época anormal lo hacen huir de la civilización y de la sociedad de los hombres, para buscar entre los indios, prototipos de la barbarie, el sosiego y la tranquilidad anheladas.

Pelliza ha sintetizado bien el pensamiento de Hernández cuando dijo que el "Martín Fierro" es la encarnación de la multitud: "órgano reproductor del lamento de los gauchos sujetos al bárbaro servicio de fronteras, que como una onda poderosa, viene a estrellarse ante la indiferencia granítica de los gobiernos." (1)

(1) Mariano A. Pelliza, carta a Hernández (1873).

Tal fué precisamente la idea y el propósito del autor, quien termina su poema diciendo que ha relatado

...... a su modo,
Males que conocen todos,
Pero que naides cantó.

Esos males, están sintetizados en la dedicatoria del poema a don José Zoilo Miguens, a quien le pide Hernández que "no le niegue su protección a mi pobre "Martín Fierro", usted que conoce bien *todos los abusos y todas las desgracias de que es víctima esa clase desheredada de nuestro país.*

*

En una de las últimas estrofas de "El Gaucho Martín Fierro", cuando el protagonista y su amigo Cruz se van rumbo al desierto, Hernández nos dice:

No sé si los habrán muerto
En alguna correría,
Pero espero que algún día
Sabré de ellos algo cierto.

Efectivamente, seis años después de publicado el poema, su autor escribió una segunda parte, la que tituló "La Vuelta de Martín Fierro".

Atención pido al silencio
Y silencio a la atención,
Que voy en esta ocasión,
Si me ayuda la memoria,
A mostrales que a mi historia
Le faltaba lo mejor.

Viene uno como dormido
Cuando vuelve del desierto;
Veré si a explicarme acierto
Entre gente tan bizarra,
Y si al sentir la guitarra
De mi sueño me despierto.

La transición que sufre el protagonista de una a otra parte del poema es grande.

Martín Fierro huye al desierto como un "gaucho malo" perseguido, y vuelve de él con los sentimientos de un "buen paisano".

Estas expresiones son generalmente confundidas, y, sin embargo, existe una gran diferencia entre lo que se ha llamado "un gaucho" y lo que se sigue llamando "un paisano". Aunque ambos

fueron habitantes de la campaña, su vida fué por todos conceptos diversa.

Ya hemos visto cómo Bauzá explica el origen del "gaucho", presentándolo como el excedente de los varones que no eran absolutamente necesarios a las faenas domésticas, designándose de dicha manera a los que sin quehaceres fijos, gustaban de vagar errantes por los campos y a los cuales, dice, se hubiera podido llamar igualmente bandidos u holgazanes.

El "paisano", en cambio, es el hombre de campo sencillo y laborioso, constituyendo un hermoso tipo moral, aunque sea tosco.

Alais presenta de manera muy gráfica la diferencia entre uno y otro tipo en su "Libro Criollo".

"Cuando se ve un hombre de campo montando un buen caballo, bien vestido, con buen chiripá y buen poncho, que habla con cierta "decencia" en lenguaje claro, directo, exclamamos: "éste es un paisano".

"Cuando vemos, en cambio, un hombre de campo desaliñado, con mal apero, que anda quebrándose y que habla groseramente o con disfraces que ocultan una segunda intención, decimos, "éste es un gaucho."

"El primero inspira confianza, es noble y de alma sana llena de generosos sentimientos, como se lee en su mirada tranquila y franca.

"El otro inspira más bien recelo, es siempre astuto, no conoce más moral que la de sus conveniencias del momento y en sus ojos se lee algo así como un resentimiento atávico a la sociedad, en que se mezclara el rencor del nómade y los recelos del salvaje."

Lisandro Segovia, con su prestigio de filólogo, ha dado gran autoridad a las anteriores definiciones al transcribirlas sintéticamente en su "Diccionario de Argentinismos", publicado en 1912, agregando que "el gaucho es el compadrito de la campaña".

En efecto, así como aquél es nómade, el malevo pueblero vive sin domicilio conocido, ambos son guitarristas y amigos de amoríos ligeros; pendencieros y borrachos, como resultados directos de su haraganería, y por lógica consecuencia casi siempre ladrones y fácilmente criminales.

El paisano, como el honesto obrero de la ciudad, lleva una vida regulada por el orden y el trabajo, funda un hogar y frecuentemente prospera, ascendiendo económica y socialmente a grados superiores a su origen.

El gaucho ha sido, pues, un factor efímero y retrógrado, sociológicamente negativo; el paisano, en cambio, ha sido y es un elemento perenne y progresista, que ha tenido no escasa influencia en las evoluciones positivas de la prosperidad nacional; teniendo ambos modificaciones más o menos intensas, dentro de los caracteres generales que hemos señalado, según la época histórica en que se los estudie.

Literariamente, el preferido por los poetas y escritores ha sido el gaucho, teniendo esta preferencia una explicación muy natural. Si bien el paisano es un tipo sano, correcto y moral, su existencia es de una inalterable monotonía campesina; mientras que el gaucho es el tipo anormal, que tiene, buenos o malos, acentuados rasgos peculiares, los que se manifiestan en medio de su siempre accidentada vida.

Hernández mismo reconoció la diferencia que indicamos y después de haber dedicado su primera parte al gaucho indómito, peleador, ebrio y matón, — rodeando no obstante todas estas circunstancias de una gran simpatía popular por el hecho de originarse esas modalidades del protagonista en una injusticia de la autoridad, — al iniciar su "Vuelta de Martín Fierro", a quien ya no llama gaucho, como en el primer título, sus propósitos y anhelos son bien diferentes a los que inspiraron la presentación del protagonista, habiendo nosotros indicado ya las causas de este cambio.

Bien expresado está esto en las "Cuatro palabras de conversación con los lectores", con que empieza la segunda parte.

Ahora desea asegurar la popularidad de un libro que sirviera de ameno pasatiempo al que lo lea, *pero:*

"Enseñando que el trabajo honrado es la fuente principal de toda mejora y bienestar; enalteciendo las virtudes morales que nacen de la ley natural y que sirven de base a todas las virtudes sociales; inclinando en los hombres el sentimiento de veneración hacia su Creador; inclinándolos a obrar bien; afeando las supersticiones ridículas y generalizadas que nacen de una deplorable ignorancia; tendiendo a regularizar y dulcificar las costumbres enseñando, por medios hábilmente escondidos, la moderación y el aprecio de sí mismo, el respeto a los demás; estimulando la fortaleza por el espectáculo del infortunio acerbo; aconsejando la perseverancia en el bien y la resignación en los trabajos; recordando a los padres los deberes que la naturaleza les impone para

con sus hijos, poniendo ante sus ojos los males que produce su olvido; enseñando a los hijos como deben respetar y honrar a los autores de sus días; fomentando en el esposo el amor a su esposa, recordando a ésta los santos deberes de su estado, encareciendo la felicidad del hogar, enseñando a todos a tratarse con respeto recíproco, robusteciendo por todos estos medios los vínculos de la familia y de la sociabilidad; afirmando en los ciudadanos el amor a la libertad, sin apartarse del respeto que es debido a los superiores y magistrados; enseñando a hombres con escasas nociones morales, que deben ser humanos y clementes, caritativos con el huérfano y con el desvalido, fieles a la amistad, gratos a los favores recibidos, enemigos de la holgazanería y del vicio, conformes con los cambios de fortuna, amantes de la verdad, tolerantes, justos y prudentes siempre."

Bajo este admirable conjunto de propósitos morales, escribió Hernández "La Vuelta de Martín Fierro", y es inspirándose en tan nobles sentimientos que entona estrofas tan delicadas como las que dedica a la mujer:

Yo no sé que pueda haber
Sin ella dicha ni goce.
¡Feliz el que la conoce
Y logra hacerse querer!

Pa servir a un desgraciao
Pronta la mujer está;
Cuando en su camino va
No hay peligro que la asuste,
Ni hay una a quien no le guste
Una obra de caridá.

Todo el que entiende la vida
Busca a su lao los placeres:
Justo es que las considere
El hombre de corazón;
Sólo los cobardes son
Valientes con las mujeres.

No se hallará una mujer
A la que esto no le cuadre.
Yo alabo al Eterno Padre,
No porque las hizo bellas,
Sino porque a todas ellas
Les dió corazón de madre!

A la elevación de las ideas conviene observar que se une ahora una mayor perfección de forma.

Nos encontramos, pues, con Martín Fierro "paisano", que nos cuenta al reaparecer, las peripecias de su vida entre los indios. Allí, nos dice:

He presenciado martirios,
He visto muchas crueldades,
Crímenes y atrocidades
Que el cristiano no imagina,
Pues ni ei indio ni la china
Saben lo que son piedades.

En cuanto al indio

......pasa la vida
Robando o hechao de panza:
La única ley es la lanza
A que se ha de someter;
Lo que le falta en saber
Lo suple con desconfianza.

Sus desgracias llegan al colmo cuando, víctima de una epidemia de viruela, muere su amigo Cruz.

Aquel bravo compañero
En mis brazos espiró.

Y yo con mis propias manos
Yo mesmo lo sepulté.
A Dios por su alma rogué;
De dolor el pecho lleno
Humedeció aquel terreno
El llanto que redamé.

En mi triste desventura
No encontraba otro consuelo
Que ir a tirarme en el suelo
Al lao de su sepultura.

Una tarde estando allí oye los lamentos y llantos de una infeliz cautiva, a la cual un indio acababa de matarle el hijo y se preparaba a hacer lo mismo con ella.

Martín Fierro pelea con el indio y lo vence, huyendo con la cristiana

Sin más rumbo que el destino,

hasta que llega a una estancia.

En ella encuentra a sus hijos: el mayor narra sus aflicciones cuando estuvo encerrado en la Penitenciaría; otro cuenta su pupilaje al lado del viejo Viscacha, tipo que le sirve a Hernández para volcar su vena satírica en las estrofas popularmente conocidas con el nombre de "Consejos del viejo Viscacha", y que afectan la forma de concisos apotegmas. Ahí va una muestra:

No andés cambiando de cueva,
Hacé las que hace el ratón:
Conservate en el rincón
En que empezó tu esistencia.
Vaca que cambia querencia
Se atrasa en la parición.

No te debes afligir
Aunque el mundo se desplome:
Lo que más precisa el hombre
Tener, según yo lo discurro,
Es la memoria del burro
Que nunca olvida ande come.

El zorro que ya es corrido
Dende lejos la olfatea;
No se apure quien desea
Hacer lo que le aproveche.
La vaca que más rumea
Es la que da mejor leche.

Si buscas vivir tranquilo
Dedicate a solteriar;
Más si te querés casar
Con esta advertencia sea,
Que es muy difícil guardar
Prendas que otro codicea.

Se presentan después en escena el gaucho "Picardía", que resulta ser hijo de Cruz, y un moreno que al terminar un contrapunto con Fierro se declara hermano del negro muerto en la primera parte.

Trata de provocar al protagonista, pero éste que ha cambiado de criterio al respecto esquiva discretamente el encuentro y se retira con sus muchachos.

Montaron y paso a paso
Como el que miedo no lleva,
A la costa de un arroyo
Llegaron a echar pie a tierra.

Allí, y haciendo contraste con los consejos del viejo Viscacha, Martín Fierro aconseja también a sus hijos; pero lo que en aquél es agudeza o ironía, en éste es filosófica experiencia y sincero sentimiento. Juzgue, si no, el lector, al que invito a observar y admirar la naturalidad con que Hernández encierra un refrán en los dos últimos versos de cada sextina.

Al que es amigo, jamás
Lo dejen en la estacada
Pero no le pidan nada
Ni lo esperen todo de él.
Siempre el amigo más fiel
Es una conducta honrada.

Ni el miedo ni la codicia
Es bueno que a uno lo asalten:
Ansí no se sobresalten
Por los bienes que perezcan.
Al rico nunca le ofrezcan
Y al pobre jamás le falten.

El trabajar es la ley
Porque es preciso alquirir;
No se espongan a sufrir
Una triste situación.
¡Sangra mucho el corazón
Del que tiene que pedir!

Debe trabajar el hombre
Para ganarse su pan;
Pues la miseria en su afán
De perseguir de mil modos
Llama en la puerta de todos
Y entra en la del haragán.

Procuren de no perder
Ni el tiempo ni la vergüenza:
Como todo hombre que piensa
Procedan siempre con juicio
Y sepan que ningún vicio
Acaba donde comienza.

Ave de pico encorvado
Le tiene al robo afición,
Pero el hombre de razón
No roba jamás un cobre,
Pues no es vergüenza ser pobre
Y es vergüenza ser ladrón.

Hernández da con esto por terminada la segunda parte del "Martín Fierro", no así con el poema, el cual indudablemente pensó seguir alguna vez, preparando esa continuación con estas dos estrofas:

Con mi deber he cumplido
Y ya he salido del paso,
Pero diré, por si acaso,
Pa que me entiendan los criollos
Todavía me quedan rollos
Por si se ofrece dar lazo.

Y con esto me despido
Sin espresar hasta cuando
Siempre corta por lo blando
El que busca lo siguro
Mas yo corto por lo duro
Y ansí he de seguir cortando.

Le pasó a Hernández lo que a otros autores, que enamorados de su tipo no se atreven a hacerlo morir, lo que en este caso ha perjudicado a su obra dejando inconcluso su "Martín Fierro", personaje que ha llegado a ser a través de la imaginación criolla el prototipo del gaucho, entidad tan simpática a pesar de todos sus defectos, y que en las diversas etapas de su actuación ha sido siempre el tipo popular por excelencia, primero como héroe, luego como amenaza, más tarde como víctima, después como símbolo, por fin como sombra legendaria y ahora como recuerdo de todo ese conjunto...

Echada en la crin la rienda
Se fué para no volver...
Se fué con él la leyenda
El mate, el pingo, la prenda,
La guitarra y el querer. (1)

Conclusión

He dicho al principio de mi estudio que "El Gaucho Martín Fierro" había revivido al impulso de un noble propósito patriótico, digno de aplauso, pero es lástima que el entusiasmo de los que prestigiaron su resurgimiento haya exagerado su clasificación en perjuicio de la obra de Hernández.

De acuerdo con los cánones de la Poética, creo que la más acertada sería la de poema gauchesco dramático-sociológico, en el cual, por medio de su protagonista, que canta sus accidentadas y tristes desventuras, su autor expone las vicisitudes de la vida del campo, en una época en que la autoridad y la fuerza primaban sin apelación sobre el derecho y la justicia.

(1) "El Gaucho", Belisario Roldán.

Lo llamo *poema,* por lo que tiene de "relación", según el concepto aristotélico, y por su importancia intrínseca, como obra poética, en la literatura argentina; *gauchesco,* por ser esa la naturaleza de su personaje y estar escrito en su característico lenguaje; *dramático* por ser de tal índole los episodios que le suceden a su protagonista, siendo ése el elemento que predomina en su desarrollo; y *sociológico* por su objeto y tendencia, es decir, por su fondo y por su fin.

No es poema "histórico" porque Martín Fierro es un personaje "creado" por Hernández; no es "nacional" porque, aun cuando su protagonista es un verdadero tipo criollo, ni él ni el argumento de la obra están ligados a ningún acontecimiento trascendental de la historia argentina; no es "épico" por no actuar en él un héroe.

Pero no es la clasificación preceptiva la que nos interesa en este momento, sino la que pueda o deba tener dentro del conjunto de la literatura argentina.

Rojas ha dicho, que el "Martín Fierro" llega, por su unidad y *por su asunto,* a ser para la nación argentina algo muy análogo a lo que es para la nación francesa la "Chanson de Roland" y el "Cantar de Myo Cid" para la nación española. (1)

Lugones en su soberbio trabajo laudatorio sobre la misma obra, y que sedujo por la brillante magnificencia de su verba, insiste en comparar a Martín Fierro con el Cid, llegando a afirmar que "el encanto de la vida consiste para el paladín nacional, como para el Campeador de España, en el goce de la libertad". (2)

Sin duda que es más simpática y fácil la tarea de endiosar que la de humanizar, pero es posible que con iguales derechos a la sinceridad, haya más verdad en ésta que en aquélla, y que siendo más grato ser panegirista que crítico, la compensación consista en que la labor del primero sea más brillante pero la del segundo más duradera.

Estas consideraciones surgen al pensar en *todas las diferencias* que existen entre los poemas y los protagonistas de "El gaucho Martín Fierro", "La chanson de Roland" y "El cantar de Myo Cid".

Conocemos ya todo lo que al primero se refiere. Veamos rá-

---

(1) Ricardo Rojas. — "La Literatura argentina". (Conferencia leída en la Facultad de Filosofía y Letras, al inaugurar la cátedra de la materia).

(2) Leopoldo Lugones. — "El telar de sus desdichas". (5.ª lectura sobre el "Martín Fierro").

pidamente el argumento, índole y significado de los dos últimos y el mérito de sus respectivos protagonistas.

El acontecimiento que constituyé el fondo de "La chanson de Roland", es decir la derrota y destrucción de la vanguardia del ejército francés en Roncesvalles, desfiladeros de los Pirineos, es un hecho histórico y real. Lo cuenta dos veces Eginhard, (1) y la doble narración del historiador de Carlomagno ha sido reproducida varias veces por los analistas de la Edad Media.

"El año de Cristo de 777, Carlomagno estaba en Paderborn. El sarraceno Ibinalarabi fué desde España a esta ciudad y se presentó al rey con otros sarracenos, compañeros suyos, haciéndole entrega de su persona y de las ciudades que su rey había confiado a su custodia.

Al año siguiente, Carlomagno, cediendo a sus consejos y entusiasmado por la esperanza bien fundada de conquistar algunas ciudades en España, reorganiza su ejército y se pone en marcha. Franquea la cima de los Pirineos, en el país de los vascos, ataca a Pamplona en la Navarra, y recibe la sumisión de esta ciudad. En seguida pasa el río Ebro, se aproxima a Zaragoza, ciudad principal de esta región, recibe los rehenes que le ofrecen Ibinalarabi, Abuthaur y algunos otros sarracenos y vuelve a Pamplona.

Pronto resuelve, sin embargo, regresar a Francia, emprendiendo la marcha por los desfiladeros de los Pirineos. Pero los vascos prepararon una emboscada en la cumbre de los montes; atacan su vanguardia y producen en todo el ejército una gran confusión. Los franceses eran superiores a los vascos por el armamento, pero la desventaja de los lugares y la novedad de un combate demasiado desigual produjeron su derrota. En este encuentro perecieron la mayor parte de los oficiales de palacio encargados por el rey del comando de sus tropas: los bagajes fueron tomados; y el enemigo favorecido por el conocimiento que tenía del país, lo dispersó bien pronto de todas partes.

En este desastre pereció Rolando, prefecto de Bretagna. Las modificaciones y transformaciones de este suceso dieron a la poesía el argumento de una epopeya, y todo lo que existía en Francia de poesía guerrera y patriótica, flotando en el aire, por decirlo así, sin cuerpo y sin nombre, empezó a girar sobre este

---

(1) "Annales" — (777-778).

nudo épico y a agruparse alrededor del nombre de Rolando, engendrando con el andar de los años "La chanson de Roland". (1)

He aquí, ahora, al heroico Don Rodrigo Díaz de Vivar, llamado el Cid Campeador, cuyas famosas hazañas canta su "Romancero".

Empieza a figurar en la guerra que Sancho de Castilla sostuvo contra Navarra en la que conquista el nombre de Campeador y el título de abanderado del rey, lo que entonces significaba ser general en jefe de su ejército. Siguen sus hazañas en el sitio de Zamora, donde valientemente se defendía Doña Urraca.

Su importancia era ya tal que al morir asesinado Sancho él es quien recibe en Santa Gadea el juramento del nuevo rey de Castilla Don Alfonso, quien lo hace casar con su prima Doña Jimena.

Poco después, en viaje a Sevilla, libra improvisada batalla contra los moros de Granada y regresa a Castilla con los tributos y regalos que enviaba a Don Alfonso el rey Motamid.

Intrigas palaciegas consiguen, en 1081, hacerlo desterrar de Castilla; pero su espíritu aventurero lo hace ir a Zaragoza donde se pone a las órdenes del moro Mutaním, estando a cuyo servicio recobra y saquea en sólo 5 días todo el reino de Aragón.

Muerto poco después Mutaním se puso al servicio del hijo de éste, Mostaín, con el cual decide en 1088 conquistar a Valencia, siendo ésta la parte más interesante de su vida.

Al año siguiente, arrepentido de servir a los moros vuelve a Castilla, siendo agasajado y colmado de honores por el rey, quien le da 7.000 hombres para conquistar a Valencia, a la que pone sitio.

Gana, entretanto, la batalla de Tobar del Pinar contra Berenguer, conde de Barcelona, por cuyo rescate pide 20.000 marcos de oro, y a quien luego generosamente pone en libertad y devuelve su rescate.

Asesinado el Kadir de Valencia torna Rodrigo con nuevo brío a conquistarla, cayendo por fin en su poder después de hazañas gloriosas.

Hizo alianza con el rey Pedro I de Aragón y continuando su lucha contra los musulmanes sitia a Sagunto, a la que entra victorioso en 1098, siendo ésta su última hazaña verdaderamente histórica.

Pero como es la suya una vida romántica en la que con frecuencia se confunden lo real y lo legendario, el "Romancero" termina narrando que después de muerto

(1) L. Petit de Julleville, "Histoire de la chanson de Roland". — 1878.

El cuerpo así como estaba
Le ponen sobre Babieca
Y al caballo lo ataban.
. . . .

En la su mano derecha
La Tizona le fué atada,
Sutilmente a maravilla
Iba en la su mano alzada.

y en tales condiciones sácanlo entre sus tropas a pelear contra las del rey moro Búcar, a las que derrotan completamente, llevándolo así hasta San Pedro,

De Cardeña se nombraba,
Do quedó el cuerpo del Cid,
El que a España tanto honraba.

y a quien Fernández y González hiciera decir con tanta arrogancia como verdad:

Por necesidad batallo
Y una vez puesto en la silla,
Se va ensanchando Castilla
Delante de mi caballo.

Hemos remarcado al exponer los argumentos de estos dos poemas que también buscamos su índole poética y su significado histórico.

No es necesario esforzarse para probar la falta de analogía que existe entre los sendos elementos de ellos y los del "Martín Fierro", falta que surge de la diferencia entre un poema solamente popular y dos poemas eminentemente nacionales, y la distancia que existe entre los héroes históricos y los protagonistas creados.

El mismo Hernández jamás pensó ni se propuso escribir ni un poema heroico ni un poema nacional.

Bien claro lo manifestó declarando ser su propósito relatar aquellos males que todos conocían, pero que ninguno, hasta entonces, había hecho resaltar, proponiéndose como objetivo influir con su obra ante aquellos que podían hacerlo para convertir al gaucho paria en paisano ciudadano, mejorando sus condiciones de cultura y haciendo llegar hasta él las garantías de la ley.

Si hubiera sido aquella otra su intención, en lugar de idear un

protagonista de la época de la decadencia del gaucho, lo hubiera tomado de la realidad histórica, en plena época revolucionaria, sintetizando en él como cualidad primordial ese "acendrado amor del gaucho por la libertad del suelo nativo", de que nos habla Leguizamón; nos hubiera presentado ese "soldado ejemplar" como llama López al gaucho; y hubiéramos visto, aureolado por la inspiración poética, a ese "animoso campesino de robusto brazo, al decir de Goyena, que paseara triunfante por toda América la bandera simbólica de las nuevas ideas y los nuevos tiempos."

Hubiera cantado Hernández ese otro tipo de gaucho patriota y denodado que otros también cantaron, poniendo en su boca estrofas tan viriles como entusiastas, y le hubiera hecho decir con Rafael Fragueiro:

¡En el gran drama de América
Fuí la carne de la gloria!

(Poema "El gaucho").

con Horacio P. Oyhanarte:

Fuí la primera avanzada
Contra el despotismo extraño,
He sido el primer peldaño
Del progreso en el cimiento

("El gaucho").

y con Sofía Lavigne:

Cuando la patria me llama
Para seguir sus banderas,
En luchas arduas y fieras
Mi sangre valor proclama;
Yo soy aquel que derrama
Más lumbre sobre su historia
Y brega por su victoria
Hasta rodar sin aliento,
Porque en el alma yo siento
Que su grandeza es mi gloria!

("El gaucho").

Pero nada de esto ha preocupado a Hernández, cuyo prota-

gonista ni habla jamás de Patria ni se dice Argentino en ningún momento, ni toma parte en contienda nacional alguna.

Pero, en cambio, qué hermosamente triunfa en el poema el sincero humanitarismo de su autor, único propósito que lo guió al escribirlo, y cómo ha sabido aprovecharse de todas sus características y peculiaridades para interesar a todos los que lo hayan leído, en los trabajos, las desgracias y los azares de la vida del gaucho, víctima injusta del desequilibrio colectivo en una época determinada de la evolución nacional.

No es ciertamente una falta de patriotismo el carecer de un poema de tal carácter; lejos de eso; son muy contados los pueblos que lo tienen.

A nosotros nos cuesta mucho resignarnos a esa falta y no es sólo de ahora que se ha pretendido por los intelectuales encontrar el verdadero poema nacional.

Sarmiento llamaba a "La Cautiva" la Eneida argentina; también opta por la misma obra de Echeverría, Rafael Obligado.

Joaquín V. González prefiere otra poesía del mismo autor: "Avellaneda", dice, es el gran poema que inmortaliza una época y coloca el lauro de la epopeya sobre la tierra del poeta... Es el poema nacional por excelencia". (1)

Leguizamón se anticipa a la opinión de Lugones y Rojas y con su característico entusiasmo exclama: "El "Martín Fierro" es el primer y único poema nacional surgido de esta tierra".

Otros encuentran que es el "Facundo", de Sarmiento, la obra que encierra por la fuerza sugestiva de su conjunto más nutrido caudal de condiciones para ser denominado, — malgrado su prosa abrupta, — poema nacional.

Vemos así que se ha buscado indistintamente el "poema nacional" dentro y fuera de la literatura criolla.

Entre los que afirman que sólo en ella debe buscársele, no faltan tampoco los defensores de la tendencia literaria neopatriótica, como la llama Quesada, que sostuvieran la necesidad de que el poema argentino estuviese escrito en gaucho: de estarlo en otra forma, llamarían, por *chauvinismo,* idioma nacional y no "castellano" a su lenguaje.

A los que así piensan les probaríamos su error presentándoles dos casos típicos de que no es necesario ni hacer literatura criolla

---

(1) "La Tradición Nacional".

ni hablar en gaucho para enriquecer a la literatura nacional con un nuevo libro sinceramente argentino a la publicación de cada una de sus obras, y esos dos, en quienes ahora pienso, que escriben siempre en correcto castellano, serían también los más indicados para crear, en vez de buscar, el verdadero poema nacional:

Lugones, a quien solo quiero recordar como autor de "La Guerra Gaucha" y de las "Odas Seculares", podría fácilmente cantar a esa

Raza valerosa y dura
Que con pujanza silvestre
Dió a la patria en garbo ecuestre
Su primitiva escultura,

y que

Desde Suipacha a Ayacucho
Se agotó en el gran trabajo,
Como el agua cuesta abajo
Por haber corrido mucho. (1)

o descubrir — entre el fárrago de hombres y de cosas, que perduró tantos años, años "sin una noche entera de sueño, sin un día limpio de sangre" — alguna de aquellas cabezas, "en las que resplandeció de lleno el Sol de Mayo", y poemizarla soberbia y pomposamente como es su estro y como es su estilo.

Rojas, autor ante todo del "Blasón de Plata" y "El País de la Selva", podría encontrar sin esfuerzo y cantarlo, en estrofas perfectas como él sabe, a "el Héroe junto a su legión en sueño", aun cuando fuera un gaucho, siempre que perteneciera a aquellos

Gauchos, que hacían temblar,
Como un huracán de gloria,
A los hombres, a la historia,
A las montañas y al mar. (2)

Así, de este modo, se nacionalizaría, con más vigor y nuevos bríos, la literatura argentina, ganando en perfección de forma y en elevación de concepto, sin dejar de ser eminentemente criolla, pero no gauchesca, pues no siempre es nacional lo simplemente popular.

Con la literatura gauchesca se hace generalmente esa confusión,

---

(1) Leopoldo Lugones, "Odas Seculares", canto VIII, "A los Gauchos".
(2) Ricardo Rojas, "Los lises del Blasón". — 1911.

siendo así que ella es una simple modalidad de la literatura nacional.

Yo encuentro una cercana similitud entre ella y la literatura caballeresca, no solamente en cuando a la índole y a los personajes, sino también en cuanto al momento histórico en que ella surge.

En Francia y en España la literatura caballeresca aparece al terminar la época de la literatura heroica; entre nosotros las postrimerías de la poesía batalladora de la Revolución y la Independencia señalan la aparición de la poesía gauchesca.

Su tipo y sus temas son los mismos; el caballero o el gaucho, ambos de vida efímera, anduvieron errantes, escudados en su audacia y temeridad, y complicados siempre en lances arriesgados o en aventuras galantes.

Dentro de estas literaturas, la caballeresca y la gauchesca, hay dos tipos, creaciones imaginativas ambas, en los que se han concentrado los prestigios de la especie: Don Quijote de la Mancha y Martín Fierro.

¿Invocando románticos simbolismos, no puede acaso, el gaucho pampeano, a través del tiempo y del espacio, estrechar la mano del caballero manchego, y acaso, aun cuando él "más faga que desfaga entuertos" no puede llamarse también "caballero andante" de la Pampa?

Los poetas lo insinúan:

En el llano libre y ancho
Desfizo a más y mejor,
Mezcla de Quijote y Sancho
Que anduvo de rancho en rancho
Cortesano y rimador. (1)

Sus mismos progenitores tienen un curioso punto de contacto, su legítimo orgullo; en la última página de Cervantes se lee: "El prudentísimo Cide Hamete oyó decir a su pluma: para mí sola nació Don Quijote y yo para él; él supo obrar y yo escribir", — y el protagonista de Hernández termina diciendo:

Ruempo, ahora, la guitarra
Pa no volverme a tentar;
Ninguno la ha de tocar,
Por siguro tenganló;
Pues naides ha de cantar
Donde este gaucho cantó.

---

(1) Belisario Roldán, "El gaucho".

Este rasgo de jactancia tan justificado en estos casos, es también una característica hispanoamericana reveladora de una sincera confianza en el yo.

Estas consideraciones me hacen encontrar muy feliz la idea del gran escultor Benlliure al querer sintetizar "clásicas modalidades de raza" en el monumento con que la colectividad española obsequia a la República Argentina en el Centenario de su Independencia, colocando a sus lados al erguido Don Quijote en su flaco Rocinante y a un gaucho ¿por qué no Martín Fierro? en su moro escarciador.

En el pedestal del "caballero andante" yo inscribiría, como complemento de una expresión culminante, algunos nombres: Amadís de Gaula, Palmarín, Roldán, Arturo, Olivero... y con el mismo espíritu grabaría en los soportes del "nómade pampeano" estas otras palabras evocadoras; Santos Vega, Paulino Lucero, Aniceto el Gallo, Hormiga Negra, Anastasio el Pollo, El Chacho... y de esta manera, la idea alegórica al completar su simbolismo de hidalgos ensueños y de romántico coraje, sintetizaría con precisión, en aquéllos, el espíritu latino y, en éstos, el espíritu criollo, exaltados ambos por la sublimidad del arte que al sintetizar engrandece y al idealizar purifica.

18 de Abril de 1914.
